



TEMAS DE CRÍTICA Y ENSAYO

Espíritu negativo

Según la terminología adleriana, diremos que una inmensa mayoría de hombres se caracterizan por padecer un «complejo de inferioridad», que quieren compensar con la crítica negativa y destructiva de todo lo que a ellos es, o parece, superior.

Evidentemente, en muchos de nuestros amigos, y quizá en nosotros mismos, se da este caso, y se da este caso sin ser los individuos de referencia, como diría Ortega y Gasset, «hombres-masa», ya que son hombres que se exigen de sí mismos y están, en lo interior, descontentos de sí mismos, naciendo de este descontentamiento inconfesado su complejo de inferioridad que se manifiesta y actúa en críticas corrosivas e insanas.

Todos conocemos individuos que con manifestadas inquietudes—escritores, poetas, profesores, buenos estudiantes, etc.—se portan frente a sus colegas mejor dotados, o frente a individuos más destacados que ellos, de una manera lamentable: «psch, a mi entender lo que ha escrito fulano y que le dais tanta importancia, es una vulgaridad; un amigo mío afirmó que la poesía de zutano, que ha sido tan elogiada, es un plágio; si tiene notas excelentes, me consta que es porque se vale de influencias.» En esta, o en parecida forma, van haciendo estos criticones labor demoledora en todo lo que puede quitar importancia a lo suyo, jamás saben demostrar su superioridad construyendo o haciendo una cosa mejor que la que critican, sino que su afán de verse superiores les parece colmado destruyendo la obra de los demás.

Y este fenómeno a que me refiero, no sucede solamente en los círculos reducidos y mínimos de las tertulias del restaurante de la «Fonda de Europa» o del «Casino», sino, elevándonos mucho más arriba, veremos, salvo honrosas excepciones, que en la Universidad se dan idénticos casos entre los estudiantes y los catedráticos; hay catedráticos a los que es imposible transcurrir un sólo cuarto de hora de clase, sin repetir tres o cuatro veces: «sobre esto hay una teoría de fulano y otra de zutano, son falsas, en cambio yo creo, o yo digo...» ¿No sería mucho más sencillo decir, como hacen algunos: «sobre esto hay diversas teorías: la de fulano, la de zutano y la mía; la de fulano dice, la de zutano afirma y la mía es la siguiente...» dejando a la libre apreciación y al libre juicio del alumno el dar la razón a la que le parezca más acertada? ¿No sería una exposición mucho más objetiva y mucho menos vanidosa? ¿No sería para el alumno un ejercicio intelectual muy necesario para sus ulteriores estudios de una vez concluida la carrera? Al fin y al cabo, el catedrático, por más objetiva que sea su exposición, predispondrá siempre al alumno, sean por explicaciones aclaratorias o de otros asuntos, a aceptar su teoría.

Pero nada, que le vamos ha hacer, de este espíritu negativo de destruir lo que no es mío y hacer sombra a lo mío, no están exentos ni los hombres de ciencia. Porque una cosa es apoyar y alabar lo por nosotros producido y otra destruir estérilmente lo que hacen los demás.

Yó, por ejemplo, puedo decir, en un alarde de engreimiento, que escribo muy bien y que mi estilo es admirable, padeceré de un narcicismo ridículo e inofensivo, pero por el contrario puedo habérmelas con los demás camaradas que se dedican, más o menos, a escribir, y empezar: ¡Llacuna escribe muy mal, Montagud peor, la obra teatral de Munné ha de ser pésima... y siguiendo por este camino no hablar, ni tan siquiera mencionar lo mío; si tal hiciera, para algunos aparecería como menos presuntuoso que en el primer caso, pero el auténtico observador descubriría en mí un complejo de inferioridad que actúa destruyendo sistemáticamente lo de los demás, para que solamente se pueda ver lo mío.

Continuamente, ante tantos casos como se encuentran de individuos que disfrutan destruyendo lo que levanta más que lo de ellos o lo que les hace sombra, estoy pensando en aquel adagio tantas veces repetido «el primer hombre que montó una cabalgadura fué apedreado» que es de una verdad incontestable por dos conceptos: primero, en cuanto manifiesta la psicología de la masa de destruir todo lo que está fuera de ella, y segundo, en cuanto evidencia la tendencia, común a muchos hombres, de ir a la cabeza de las demás, no caminando y avanzando más aprisa, sino disparando traicioneramente sobre las espaldas de los que tienen a su delante.

Podemos decir que esto es una tendencia primitiva, pero es una tendencia que vive en muchas conciencias cultivadas. Al igual que el niño, dejado en libertad, tira piedras a los pájaros porque son inasequibles a sus manos, del mismo modo el hombre tiende a apedrear a lo que a él se avanza o apaga su gloria y mientras ejecuta esta villanía, tiene conciencia de su superioridad y de su mejor clase.

¿No sería mucho más preferible, por el que sufre el noble mal de anhelar ser superior, que en vez de dedicarse a destruir lo que le hace sombra, se pusiese a trabajar de firme para ganar evidentemente esta superioridad ansiada?

La crítica destructiva y estéril es siempre repugnante. En vez de desperdiciar nuestro tiempo echando piedras a la obra de los demás, empleémoslo en el mejoramiento de nuestra propia obra, y entonces, a la par que no perjudicaremos a nadie, nos beneficiaremos de un modo efectivo a nosotros mismos, y, si nuestra obra es elevada y exenta de bajos egoísmos, resultarán evidentemente beneficiados, por doble motivo, nuestros semejantes.

Tal es la moraleja, la conclusión, que de este tema quiero extraer: destruyamos el espíritu negativo y destructivo que, más o menos profundamente anida en la naturaleza de cada uno de nosotros y en compensación, para obtener los frutos que de él buscamos, arraiguémonos en nuestro trabajo y en el sacrificio impuesto el día que dijimos que queríamos hacer algo más que comer y vivir.

CLAUDIO COLOMER MARQUÉS

ALMAS

Pasaremos
cabalgando la estrella más verde,
entre aromas de almendros en flor;
con la frente y el alma sangrando
de vagar entre espinas y hiel...

Pasaremos,

amor,

pasaremos

hacia indómitas metas de azul;

y jamás — juego inútil — sabremos:

tu,

la forma precisa de mis pensamientos;

yo,

las alas que duermen en tu corazón.

JAIME LLACUNA